



La voz de papá

Alfonso Buitrago Londoño

ANA
CRISTINA
RESTREPO
JIMÉNEZ

La primera vez que vi a Alfonso Buitrago Londoño fue en mi casa, en el año 2011.

Él, un perfecto desconocido para mí, cruzó el umbral de la puerta, tímido y muy callado, en compañía del escritor Juan José Hoyos.

Esa noche, yo era la anfitriona de un pequeño grupo. Salimos de una charla con Alberto Salcedo Ramos en la Universidad Eafit, a “rematar” conversando en una terraza, con el sonido de la quebrada La aguacatala como música de fondo.

Mientras todos contábamos historias y nos divertíamos, Alfonso apenas sonreía. Habló poco, casi nada, pese a que muchos mostramos curiosidad ante su gran triunfo: ese día le habían avisado que era suya la Beca de Creación en Periodismo Narrativo de la Alcaldía de Medellín.

El resultado de ese premio fue el libro *El Hombre que no quería ser padre*, editado por Planeta, con la lectura cuidadosa —casi quirúrgica— de Camilo Jiménez Estrada.

Hace un par de semanas volví a ver a Alfonso Buitrago. Nos encontramos en un café, pero el bullicio nos obligó a irnos para otro lugar menos congestionado.

Terminamos hablando afuera de un edificio cercano (donde vive mi madre), sentados en un banca de madera, entre árboles frondosos.

Frente a una piscina, con niños chapuceando en el agua, me concentré en las voces: la del escritor y la de su padre, que muere en el relato y revive a través de las palabras de su hijo.

¿Qué pasa cuando el rebelde de la casa es el papá? De eso me habló Alfonso Buitrago Londoño, el hijo de un hombre que no quería ser padre.

El hombre y el mundo

Alfonso tiene cara de niño. Su ropa bien planchada, la barba impecablemente afeitada, la placidez en su rostro y su forma pausada y tranquila de hablar no dan cuenta de las angustias y las preguntas que atormentan su alma, ni de su capacidad de observar y cuestionar el mundo.

Solo al leer *El hombre que no quería ser padre* se desvela esa dimensión compleja, crítica y a la vez dulce de Buitrago.

El mundo editorial no era del todo ajeno para este narrador antioqueño. Con un título de magíster en Literatura comparada,

había publicado crónicas en las revistas *La Hoja*, *Soho* y *El Malpensante*, y actualmente hace parte del comité editorial del periódico *Universo Centro*. Así mismo, escribió un libro de carácter teórico en compañía de Amparo Moreno y Florencia Rovetto, *¿De quién hablan las noticias? Guía para humanizar la información*.

Pero esta obra era otra cosa muy distinta. Y no solo por su estilo redaccional sino porque, en gran parte, las fuentes se remitían a un sitio que suele ser de difícil acceso: la memoria afectiva.

El primer reto que le impuso la forma de *El hombre que no quería ser padre* fue apelar a la técnica del reportaje, el género rey.

Muchos dicen que la novela es a la literatura lo que el reportaje al periodismo (como si el periodismo no fuera hijo legítimo de la literatura): ¡de ese tamaño era el desafío!

Tenía una buena excusa para escribir: a su padre, Alonso Buitrago Gómez, le hicieron la primera cirugía de reconstrucción de cuerdas vocales en Colombia. Era una noticia cargada de sentimientos para él... razón de más para ponerla en el papel.

Alfonso buscaba ir más allá de los recuerdos de hijo, no por prejuicio sino porque no sería coherente con la vida de su papá: “Su intimidad fue muy pública, casi todas sus interpretaciones, su manera de relacionarse era muy sociológica —explica el escritor—. En sus conversaciones, mi padre volcaba todo su interior porque para él no había cosas individuales, para él todo era problema social. Él no tenía contradicciones personales sino que todo era fruto de relaciones sociales, de una cultura”.

Alfonso tenía que hacer un libro íntimo pero a la vez mezclado con lo que pasaba en la sociedad, con las ideas que tenían en su familia. Comenzó por contextualizar una historia particular para abrirla y proyectarla en la experiencia colectiva: “A través de mi papá se conoce a todo Medellín, no solo por su oficio de taxista sino porque opinaba”.

Cuando su padre enfermó, perdió la voz y finalmente murió, Alfonso decidió

emprender una búsqueda literaria guiada por la pregunta ¿cómo escribirle al padre?

“Mi papá siempre anduvo con una agenda y el periódico debajo del brazo. Tenía diarios y agendas que no se atrevía a mostrar. Yo sabía que en esas agendas había mucha cosa: llevaba treinta años con ellas”, recuerda.

Con su hermano Luis Fernando, músico, Alfonso se propuso recopilar todo el material que reconstruyera la vida de su papá: bajaron al cuarto útil y, entre cajas abandonadas y húmedas, rescataron apuntes, libretas, cartas y fotos.

Después vino la fase de reportería. El cirujano fue el primero a quien entrevistó. Y, en un intento por probar sus límites, Alfonso le solicitó presenciar la cirugía de su padre. El doctor se negó, pero le permitió estar en otras cirugías.

Buitrago conversó con miembros de su familia y amigos de su papá. Viajó a diversos rincones de su mapa vital. Recuperó memorias como viejas calificaciones escolares y notas de sus profesores.

Después de mucho leer, indagar y conversar, surgió una nueva duda, de carácter metódico: cómo darle forma literaria al relato, de qué fuentes beber. Entonces aparecieron Franz Kafka, Paul Auster, Philip Roth, Joseph Conrad y Raymond Carver. Héctor Abad Faciolince, Juan José Hoyos, Emilia Pardo Umaña. Y, siempre inmenso, el poeta José Manuel Arango: “Rostro detenido de mi padre / bajo la piel / sobre los huesos de mi cara”.

Alfonso reflexionó: “Soy periodista, lo que me gusta es escribir crónicas y es a lo que me dedico. No me voy a poner a inventar: voy a hacer un reportaje sobre cómo es la lucha de un hombre por conservar la voz, y lo que siente el hijo al perderla”.

De su puño y letra

¿Cómo explicar la rebeldía de su propio padre?

Alfonso sabe que, a veces, la rebeldía genera rechazo, por eso pocas veces nos ponemos a pensar sobre el porqué de las

luchas y de las contradicciones de los seres humanos. Y menos del padre.

Una vez en la fase de documentación, encontró que no eran tantas las cartas que Alonso había recibido como las que escribió. Su padre era muy obsesivo y escribía borradores en sus cuadernos. Había cartas desde sus años de bachillerato hasta que murió, dirigidas a su primera esposa así como a sus hermanos, novias, hijos y amigos.

Las misivas eran escritas a mano, casi nunca las pasaba a máquina. Las únicas que estaban mecanografiadas eran de su época como alumno interno; el resto estaba escrito con su puño y letra.

Al final de sus días, el cáncer le afectó un brazo. Es por eso que algunas de las cartas que les envió a Alfonso y Luis Fernando, entonces residentes en el exterior, eran por correo electrónico y digitadas por un amigo de Alonso.

“Alonso escribía muy despacio, muy cuidadoso. Su letra es muy legible, como con caligrafía antigua. Yo en un momento pensé: Hay personas que describen tu personalidad por cómo escribís. El que se ponga a ver cómo escribe mi papá va a descubrir un montón de cosas. Pero ahí no ahondé”. Y continúa el escritor: “En los textos de él hay muy pocos tachones, se equivocaba muy poquito: era como si las ideas pasaran al papel tal cual las tuviera en la cabeza. No había mayores correcciones. No había casi contradicciones: las cosas, conceptos e ideas que mi papá escribía a los treinta años eran prácticamente iguales a cuando tenía cincuenta”.

Ese cuerpo epistolar quedó en cuadernos y agendas empresariales, las cuales Alonso utilizaba como libreta de notas. “Eso me facilitó mucho todo: era un diario

no-diario, pues él fechaba sus comentarios”, cuenta Buitrago.

Reconstrucción

Alonso dejó un rastro para que su hijo reconstruyera su vida: “Se estaba dejando huellas a sí mismo para un proyecto que tenía y que nunca completó, pero que a mí me sirvió porque yo iba completando historias de lo que la familia y los amigos me contaban”.

A finales de los sesenta, Alonso entró a estudiar Sociología en la Universidad Pontificia Bolivariana e hizo parte del Movimiento Estudiantil Revolucionario. Era comunista radical y ateo.

La misma disciplina que tenía con sus lecturas se extendía a la práctica de la doctrina y la ideología, a la aplicación del marxismo. Alonso abandonó la carrera pero dedicó su vida a pensar y opinar sobre la familia, la religión, la economía, la paternidad, el sexo y la política.

Cuando Alonso Buitrago Gómez murió, su hijo revisó la cantidad y calidad del material testimonial y documental recolectado, y pensó: “Esto ya no es una crónica: es un libro”.

El hombre que no quería ser padre es un híbrido que podría enmarcarse en el género epistolar, también en la novela, pero podría ser definido como reportaje. ¿Lo tentó la ficción?

A.B.: No. Todo lo contrario. Hubo casi que una obsesión, que no es ni buena ni mala. El libro lo escribí en tercera persona pues no quería que quedaran dudas de que había reportería. Al lector quizá eso poco le importe en realidad, al lector le debe importar la historia. Yo sí quería que quedara muy claro que todo lo que está ahí está muy documentado, que todas las entrevistas están grabadas, que no hay persona que yo haya entrevistado y que me diga “eso no lo dije o no fue así”. Y casi todas las personas que entrevisté han leído el libro. Creo que en esa parte cumplí el objetivo que yo quería. En lo único que me pude haber

No me voy
a poner a
inventar: voy
a hacer un
reportaje
sobre cómo
es la lucha
de un
hombre por
conservar la
voz, y lo que
siente el hijo
al perderla.

traicionado, para no sonar tan escrupuloso, es en mis recuerdos. Y el único que me pudiera desmentir es él [su padre], y no está. Así que si hay alguna traición, yo me la cobraré en algún momento.

Mi pregunta tiene origen en la crítica habitual que recibe el periodismo narrativo: la tentación de la ficción...

A.B.: Hay gente muy radical, pero a veces la gente lo calla a uno. Por ejemplo, un libro que me animó mucho es el de un norteamericano que se llama Joseph Mitchell, *El secreto de Joe Gold*. Joseph Mitchell después tuvo que reconocer muchas veces que había mezclado personajes, que ese gran Joe Gold que enamora tanto no era un solo Joe Gold. Pero uno lo lee ahora y dice: ¿vamos a crucificar a Mitchell, si lo que hizo fue muy bonito? El género ha avanzado mucho, de Joe Mitchell acá han pasado treinta años. Pero yo sí creo que uno debe ser muy sincero con el lector: uno debe advertirle qué es lo que está haciendo. Uno puede mezclar personajes, aunque haya gente que no lo permita. Por ejemplo, hay un gran libro nuestro: *La parábola de Pablo*, de Alonso Salazar; él lo dice en el principio: El Alacrán no existe, este personaje no existe, son muchas fuentes mías que yo no puedo identificar. Yo creo a Arcángel para contar unas cosas que no puedo contar de otra manera. Si a uno se lo dicen desde el principio, qué juicio le va a hacer al escritor si uno sabe que de otra manera no habría podido conocer la historia que él pretende contar. Uno advierte: en estas partes voy a inventarme un personaje, o te voy a llevar a un lugar que no es, pero allí vas a entender un montón de cosas que te quiero contar.

Siento que en este libro hay una metáfora de la soledad. ¿Su papá fue un hombre solo?

(El escritor calla por unos instantes).

A.B.: Sí y no. Yo diría que fue un hombre solo en su rebeldía y en sus luchas, porque en realidad ahí solo lo acompañamos mi hermano y yo; pero al mismo tiempo fue

un hombre muy acompañado, un hombre muy querido por sus amigos, cuyo oficio lo mantenía en contacto con todo el mundo. Pero en su lucha personal y en su rebeldía, creo que sí fue un hombre muy solitario.

Uno de los hilos conductores de la obra es la búsqueda de su padre por educar a sus hijos como hombres libres. ¿Cree que lo logró?

A.B.: Es muy difícil decirlo porque es como dar un juicio de uno mismo. Independientemente de que lo haya conseguido o no con mi hermano o conmigo, lo que sí está en el libro es lo que eso implica: una educación en la que el hijo puede cuestionar a los padres tiene muchas consecuencias. El libro las muestra. La gracia del libro es ver qué pasó ahí, la gracia de ese resultado; por qué esas consecuencias son positivas y otras no lo son. El lector juzgará. Sin embargo, creo que vale la pena recuperar esa experiencia porque no deberíamos dejar de intentarlo, cada uno a su manera, con la fuerza de la que sea capaz, pues hay que enfrentarse a muchas cosas.

Su libro está en los anaqueles en un momento muy especial: usted está a punto de ser padre por primera vez. Antes de ser padres a todos nos da vueltas la cabeza, pero usted, además, se metió en el pozo profundo de la escritura, tan personal. ¿Qué reflexiones le suscita?

A.B.: Confusión, alegría, temor.

Terminando el libro, ya muy al final, yo me di cuenta de que mi esposa estaba embarazada. Una de las preguntas que yo tenía cuando ella me empezó a decir que quería ser mamá era que no sabía si quería o no ser papá. Ella tenía muy claro lo que quería hacer, pero siempre le decía que no era el momento, pospuse la decisión. Es una bobada, pero yo me preguntaba: ¿mi hijo me va a decir “Alfonso” o “papá”? ¡Nadie se pregunta eso!, pero para mí es una cosa fundamental. Responder esa pregunta es el libro. Y ese libro me costó cinco años. En mi experiencia, esa diferencia de uno tratar

al padre por el nombre o por el título... ¡hace muchos cambios!

Pero en el libro Alonso es casi siempre “Alonso”, a veces “mi padre”...

A.B.: Es una mezcla muy calculada, ojalá el lector no se vaya a dar cuenta. Cuando escribí las primeras versiones siempre le decía Alonso, no más. El libro va y viene en el tiempo. Hay partes donde digo: “si él está vivo le voy a decir Alonso, ya muerto sí le digo papá”. Después mezclé. Quizá al lector le parezca extraña esta conversación: ¡pero es que a mí me costó treinta años decirle papá a mi papá!

El libro tuvo varios lectores antes de pasar a la editorial, entre ellos estuvo su mamá. Cuéntenos sobre esas reacciones iniciales.

A.B.: Yo corría un riesgo muy grande porque iba a hacer un reportaje sobre una historia muy personal. Ahí aparecen todas mis tías, toda mi familia. Mi mamá fue la única que no se dejó entrevistar. La abordé como a cualquier otro entrevistado, y me dijo: no, yo no voy a recordar nada de eso. Ellos [los padres de Alfonso Buitrago] se separaron, y nunca se volvieron a hablar. Fue una separación difícil. Había muchos sentimientos encontrados, a pesar de que se habían separado hacía treinta años. Yo le dije: “si usted no habla, yo voy a contar todo como me acuerde”. Y me dijo: “haga con sus fantasmas lo que quiera”. Y así fue. Entonces le dije: “no me hable pero léame”. Me dijo: “listo, yo leo”. Mi mamá leyó todos los borradores que escribí. En todos opinó. Mi madre es ingeniera, pero debió

haber sido editora, o serviría para hacerlo. Fue muy respetuosa sabiendo que había muchas cosas que la involucraban a ella. Fue un pacto que hizo conmigo, hasta un sacrificio. Fue, un poco, nivelar unas cuentas que había ahí, creo. No lo hemos hablado. Esa condescendencia para dejarme hablar de su vida tan personalmente fue como si me dijera: “si él necesita eso, pues yo se lo doy”. Fue muy generosa.

Como todo buen escritor, Alfonso Buitrago tiene también otros padres: los literarios. En el periodismo son Juan José Hoyos y Alonso Salazar, en el medio local. En un panorama más amplio, Buitrago reconoce la importancia de la obra *Honrarás a tu padre*, de Gay Talese, para la escritura de *El Hombre que no quería ser padre*. Ahí estuvo su modelo de reconstrucción de una historia de familia.

Concluyo este texto en un atardecer de domingo. Es la “hora gris”, el anochecer apenas le empieza a ganar la batalla a la luz del sol. Justo a esta hora, los bebés suelen llorar con el desasosiego que les produce intuir que sus padres dormirán, que callarán por seis o más horas.

Desde la cuna se añora ese eco que nunca ha de desaparecer.

Lorenzo Buitrago Loaiza, nieto de Alonso, hijo de Alfonso, nació hace cinco días. Y algo me dice que, en este momento, la voz del escritor, que ya es padre, se convierte en arrullo. ■

Ana Cristina Restrepo Jiménez (Colombia)

Periodista independiente y profesora de la Universidad Eafit.